

Los ojos criollos me habían impedido oír el discurso en que un orador muy repiqueteado nos daba la bienvenida en español digno de Cervantes, que yo no entiendo, y fijarme en los detalles arquitectónicos de la construcción...

Al día siguiente, muy temprano, me despertó la diana, tocada alegremente por músicas y bandas; la mañana era alegre, tibio el ambiente, suave el sol... se emprendió la marcha y á las diez estábamos frente á Puebla; una bala de cañón vino dando tumbos hasta tocar la barranca que nos separaba de los juaristas; á poco la muralla de Guadalupe se coronó de fuego, y las balas vinieron á rebotar á nuestros pies: era el reto para el combate.

En ese momento el General exclamó, lívido de rabia:

— Ved las flores del ministro.

Se refería á las que, según Mr. Saligny, habían de recibirnos al entrar á Puebla.

Hicimos alto, pusimos las mochilas en tierra, y empezamos á confeccionar un ligero rancho.

Tras de reflexionar un poco el General, me llamó aparte y me dijo:

— Subteniente, usted ha visto cuanto ha pasado; vaya al gran convoy y refiéraselo al ministro Saligny; hágale ver que la población de Amozoc ha huído en masa, pregúntele si tiene noticias de Puebla y dígale que su

resolución normará mis actos: que pese, pues, el contenido del mensaje que por conducto de usted me dirija.

Salí al galope y no tardé en encontrar al Ministro tendido en el fondo de uno de esos inmensos carruajes mexicanos que me parece llaman *guayines*. Hablaba con un mexicano que le escuchaba atentísimo, y oyó mi mensaje con sonrisa burlona.

— Subteniente, decid á vuestro General que puedo tranquilizarle; no sólo tengo noticias de Puebla, sino que las tengo fresquecitas. Lea usted lo que dice esta carta que acabo de recibir... Como no sé el español, pero sí sé que esas cartas se mandan por conducto de indios, que, para evitar se les sorprenda, se introducen el billete de papel de seda debajo de la lengua, entre los cabellos, bajo los dedos de los pies, en las axilas y en otros lugares, y yo ignoraba de dónde venía aquella comunicación, me excusé cortésmente de leerla.

— No tenéis necesidad de deletrearla, mi querido amigo; se me dice lo que sabemos hace tiempo: que tras unos cuantos disparos aparecerán las tropas de Márquez, que son cosa de diez mil hombres; que las murallas vendrán al suelo como las de Jericó; que entraréis entre una lluvia de flores, y que los foragidos que manda Zaragoza tendrán que hacer mutis y alejarse llenos de vergüenza... Pero convendría quizás que entrarais por el lado Este de la población y no por el que tenéis delante.

— Os hago notar, señor Ministro, repuse con decisión, que semejante paso no se puede ni se debe dar sin exponernos á gravísimos peligros; tendríamos que dejar abandonado nuestro convoy, y carros, provisiones de boca y guerra, y hasta vuestra persona misma quedaría expuesta á un golpe de mano de los juaristas, que saldrían de sus reductos y se apoderarían de todo causándonos males inmensos...

— Bien, bien; quizás tengáis razón; mas, de cualquier modo que sea, y por donde quiera que atacéis, no hay temor ninguno de un fracaso; todo está previsto, todo está arreglado y sólo falta que vuestro General empiece el ataque... Mas lo esencial es empezar ese ataque, pues sería una verdadera lástima no aprovechar las buenas disposiciones de esta población, llena de entusiasmo por nosotros... En tal caso me vería obligado á dar cuenta al Emperador de esa inacción inexplicable y que traería las dificultades más grandes.

Permanecí un momento más, pedí al ministro la venia para retirarme—venia que me concedió desde lo hondo de su guayín,—volví grupas y dí cuenta á Lorencez del resultado de mi embajada.

— Bien está, dijo éste; ya sabéis que tengo una orden formal para proceder. Y dió sus disposiciones para que los regimientos, escuadrones y batallones quedaran formados...

Yo me incorporé al batallón Morand, que era el mío. A las dos empezamos el ascenso, siempre batidos por la artillería del cerro, que casi no perdía tiro. Tras de nosotros caminaban una sección de caballería y zapadores provistos de tablas con escalones y de bultos de pólvora para volar las puertas de la iglesia.

¡Qué ascenso aquel y qué dificultades las nuestras para avanzar siquiera un paso! Las hazañas que hoy se realizaron, merecerían haber tenido como coronamiento siquiera la toma de esa ridícula fortaleza... Mi capitán Gautrelet, del segundo de zuavos, subió á lo alto de la fortificación mediante una columna que le formaron sus animosos soldados; el subteniente Caze llegó tan cerca de los cañones del enemigo, que pudo disparar los seis cartuchos de su pistola por una tronera sobre un artillero mexicano; alguien plantó orgullosamente la bandera del segundo de zuavos á unas cuantas varas del foso mexicano. Hiere una bala al abanderado y le reemplaza en seguida un suboficial; cae éste y entonces un viejo zuavo coge la preciosa enseña, la estrecha contra su corazón y grita con voz mojada de lágrimas: ¡Venid á tomarla!... Cuando acaba de hablar, una bala le hiere y cae al foso envuelto en el sagrado lienzo... Y todo esto mientras el clarín Roblet, en lo alto de la muralla, no cesa de tocar al ataque...

Luego vino la tempestad: el suelo se convirtió en

jabón; no se podía apoyar el pie sin estar expuesto á rodar, á destantearse y á recibir la muerte de mano de los excelentes tiradores mexicanos...

En cuanto á nuestras pérdidas, son incalculables... Oficiales instruidísimos, soldados valientes, jefes de gran importancia, han perecido aquí, y sus cadáveres serán la prueba de que puede más la ambición que el buen derecho... El subintendente Raoul, que había sido nuestra providencia en este país, cayó casi á los pies del General, é ignoramos todavía qué fin tendría su cadáver... Apenas hubo tiempo de retirarle del campo un momento y de que el capellán de la expedición le absolviera *in extremis*...

Figuráronse los charros que el franchute había acabado su relación, porque vieron que no hablaba ya y que Miguel hacía señales de asentimiento. Entonces, uno de aquellos pecadores de sombrero *alacrano*, gran cicatriz que le cogía los dos carrillos y tufo sobre la frente, interpelló al subteniente Olivos:

— Dispéñeme, señor subteniente: ¿cómo habrá hecho este gabachito para darle tanto vuelo á la sin hueso? ¡Caramba, si parecía convelido el hombre! ¿Y qué dice? ¿Matan las balas de los mexicanos? ¿Les dimos ó no hasta debajo de la lengua?

Refirió Miguel sumariamente las bravuras y las lamentaciones del francés, y entonces empezaron las protestas y los encarecimientos de los de á caballo.

— ¡Álgame Dios! ¿pero qué se figuraban esos cristianos que venían á tierra de mandrias? Si algo sobra aquí, es eso con que se hacen las torrijas, y no habíamos de esperar á que vinieran de extranjería á enseñarnoslo...

— Si no, interrumpió otro, que lo diga el soldado raso de *Cazadores de Morelia*, que le quitó el guión de los zuavos.

— Se llama, dijo uno, José María Palomino, y es originario de Jalisco.

— Jalisco nunca pierde.

— ¿Y qué me dice del charro Oropeza? intervino uno.

— Ese sí que dejó súbitos á los gabachos... Se metió entre la chusma de los contrarios; con todo espacio desató la riata de los tientos, la probó, la echó al aire, hizo una crinolina primorosa, la dirigió contra un oficial del 99, y por ahí viene el gabacho... Luego, entregó su prenda á la gente del cerro, y en la primera de Mercaderes pasó el preso en poder de los de la línea.

— Templado, exclamó el de la *firriada* en el rostro; pero no tiene comparación con el capitancito Inclán, Pepe Inclán, que viendo que un gabacho le dispara un tiro á boca de jarro, con la punta de su espada separó el arma y luego cogió prisionero al contrario, y en ancas de su caballo le llevó hasta el centro de la ciudad.

— Y lo de Paliza, ¿qué me dice usted? ¿será cierto?

preguntó un muchachuelo de corbata roja y gran puro en la boca.

— Poderoso.

— ¿Qué pasó? ¿qué pasó? preguntaron todos con interés.

— Casi nada; que se encontró en la falda del cerro al muchacho Paliza, tendido junto á un soldado francés.

— ¿Y eso?

— Que quedaron juntitos, atravesados el francés por el sable del mexicano, y el mexicano por el marrazo del francés...

— Pies con pies...

— No; pecho con pecho, cara con cara, boca con boca, llenos de contusiones, de mordeduras, de arañazos, con los ojos espantados y la boca llena de espumarajos de rabia.

— ¿Y quién era Paliza?

— Paliza era un muchacho moreno, triste, soñador, tranquilo y generoso... El año pasado se formó un batallón de jóvenes que querían jugar á los soldados; Paliza se alistó, pero no para jugar, sino para pelear de veras: ya ven el resultado.

Cuando Miguel refirió lo de la bandera de los zuavos, un oaxaqueño dijo:

— ¿Qué vale eso junto á lo que pasó con el estandarte del segundo de mi tierra? El teniente porta se llamaba

Miguel González, y era un muchacho como un pino de oro... Parece que le estoy viendo salir en su caballito alazán, llevando la bandera tricolor que bordaron las pollas más lindas de Oaxaca... El muchacho era vivo de genio, y comprendiendo que la vista del estandarte calentaría á los soldados, se adelantó al frente del batallón... Los franceses tupían entonces sus tiros, de modo que parecía nos encontrábamos bajo una cortina de fuego... Una bala tocó á González y apenas tuvo tiempo de pasar el estandarte al segundo, que por cierto se llamaba Miguel Varela... Varela era un excelente oficial, sincero, nervioso é impresionable... Componía versos, y horas antes del combate estuvo recitando una poesía suya, incorrecta, desaliñada, sin artificio; pero tan tierna, tan dulce, tan sentida, tan no sé qué, que nos hacía llorar de emoción. Prometía amor eterno á su bandera y ofrecía morir por ella en medio del combate... Recogió el lienzo de manos del moribundo González, y levantándole en alto, haciendo ondear al aire los tres colores, llamando á sus compañeros y dicen que recitando aquella su poesía tan bella, logró ver que los franceses se retiraban abandonando sus mochilas... Algo más avanzó Varela; pero á la orilla de la maldita zanja donde se metieron estos condenados, recibió un tiro mortal... Logró todavía el pobrecito besar la bandera, abrazarse á ella y morir envuelto en sus pliegues... El teniente

Loeza, que fué á substituir á Varela, desenvolvió el estandarte del cuerpo del poeta y con él estuvo hasta que Porfirio decidió cesar en la persecución... No crean, cuando Porfirio vió la bandera llena de sangre y acribillada de balas, lloró, lloró como un niño por esos valientes...

El oaxaqueño era bien hablado y tenía gracia para relatar; de seguro habría seguido contando proezas por toda la noche, si un toque de clarín no hubiera suspendido á todos, helado la sangre á muchos y causado miedo á algunos. Involuntariamente, volvió la cabeza Miguel para mirar á Chardon, y le vió pálido y con los ojos fijos.

— Es... Una trompeta francesa... Suenan... La marcha del regimiento de infantería de marina.

Otro toque puso más sobre aviso á todo el mundo.

— La marcha de división, dijo el oficial francés en voz baja.

Cesaron las conversaciones, la hoguera languideció, y cuando al cabo de un gran rato se convencieron de que no había un ataque en perspectiva, todo el mundo se retiró á descansar, exceptuando los que tenían señalado servicio.



CAPITULO V

La crisis

Al amanecer entregó Miguel al prisionero en la Comandancia, y á las siete, ya bien alto el sol, llegó á su casa deseoso de tomar un refrigerio y de dar al cuerpo descanso algo más formal que el que le había concedido en las noches pasadas. Eugenia estaba en la puerta, y se adelantó buen trecho á recibirle tan pronto como le distinguió.

— ¡Oh, qué angustia!... Sin saber de ti una palabra... ¿Vienes sin novedad?

— Ni un raspón.

— Eso es lo que importa... ¡Bendito sea Dios; bendito sea! — Y se le llenaron de lágrimas los ojos azules, mientras besaba al militarillo, que también sentía le bajaba á los ojos el humor de las lágrimas. — ¿Y por qué vienes á pie, mal caballero? ¿Qué pasó con el *Chinaco*?